

castigo merecido por su yerro, nada en verdad, porque su mismo hermano, aterrado al considerar la carga que había tomado sobre sí, y echando muy de menos el delicioso y tranquilo reino de Nápoles, le escribió el 9 de agosto desde las márgenes del Ebro una carta desesperada que fué sin duda para él la más amarga reconvencción. «Todos son contra mí, le decía, todos sin excepción: la misma clase elevada, al principio indecisa, ha acabado por seguir el impulso de la clase ínfima. No tengo un solo español que me sea adicto. Felipe V no tuvo más que un competidor; yo tengo por enemigo á un pueblo entero. Como general, mi papel sería soportable, y hasta fácil, porque con un destacamento de tus tropas veteranas podría vencer á los españoles; pero como rey es insostenible, puesto que para someter á mis súbditos tendría que ensangrentarme en una gran parte de ellos. Renuncio, pues, al cargo de reinar en una nación que no me quiere por rey; deseo, sin embargo, no retirarme vencido. Enviame uno de tus ejércitos veteranos, yo entraré á su cabeza en Madrid y allí trataré con los españoles. Si quieres les restituiré á Fer-

nando VII en tu nombre, reteniendo una parte de su territorio hasta el Ebro, porque bien puede la Francia una vez vencedora hacerse pagar cara su victoria. Así conseguirá el premio de sus esfuerzos y de su sangre derramada y yo volveré á pedirte que me restituyas el trono de Nápoles, del que aún no ha tomado posesión el príncipe á quien le tenías destinado. Soy tu hermano, corre en mis venas tu propia sangre, y la justicia y el parentesco reclaman que me des la preferencia: entonces, con la tranquilidad que tanto se conforma con mis inclinaciones, podré yo seguir labrando la ventura de un pueblo que recibe gustoso la felicidad de mis manos.» Esto en substancia escribía José á Napoleón desde las márgenes del Ebro. No podía darse un juicio más severo ni más justo que el que se desprendía de este lenguaje de un rey desesperado, que se veía reducido á reinar mal de su grado en un pueblo insurrecto. Comprendiólo Napoleón, y la respuesta que le dió, que se verá más adelante, fué una prueba de la mucha impresión que le hizo la involuntaria dureza del juicio formado por su propio hermano.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO

ERFURT

Recibe Napoleón la noticia de la capitulación de Bailén estando de viaje por las provincias meridionales del imperio. — Efecto que en él produce aquel malhadado acontecimiento. — Orden mandando arrestar al general Dupont á su regreso á Francia. — Cumple Napoleón la palabra que había dado de visitar la Vendée, y entusiasmo con que es recibido. — Su llegada á París el 14 de agosto. — Exasperación y audacia del Austria con motivo de los acontecimientos de Bayona. — Explicaciones habidas con Mr. de Metternich. — Intenta Napoleón obligar á la corte de Viena á manifestar sus verdaderos proyectos antes de adoptar un partido definitivo sobre la distribución de sus fuerzas. — Preciado á sacar de Alemania parte de sus tropas veteranas, consiente Napoleón evacuar el territorio de Prusia. — Condiciones de esta evacuación. — Necesidad que tiene Napoleón de adherirse más que nunca á la corte de Rusia. — Deseo que repetidas veces muestra Alejandro de tener nuevamente vistas con Napoleón para entenderse directamente sobre la cuestión de Oriente. — Conviénese en que la entrevista se celebrará en Erfurt á fines de septiembre. — Tómanse disposiciones para que se verifique con todo el esplendor posible. — Entretanto hace Napoleón sus preparativos militares calculando todas las contingencias. — Estado de las cosas en España mientras está Napoleón en París. — Operaciones del rey José. — Distribución que hace Napoleón de sus ejércitos. — Tropas francesas é italianas enviadas del Piamonte á Cataluña. — Marcha de los cuerpos primero y sexto de Prusia con dirección á España. — Envíanse en la misma dirección todas las divisiones de dragones. — Combinaciones que se hacen para reemplazar las tropas que se van á sacar del grande ejército. — Nuevos alistamientos. — Dispendios que originan. — Medios que se adoptan para contener la baja de los fondos públicos. — Efecto que producen en los varios gabinetes las manifestaciones diplomáticas de Napoleón. — El Austria intimidada modera su lenguaje. — La Prusia acepta con júbilo la evacuación de su territorio, invocando no obstante una nueva disminución de sus cargas pecuniarias. — Premura del emperador Alejandro por trasladarse á Erfurt. — Opónese su madre á este viaje. — Llegan los dos emperadores á Erfurt el 27 de septiembre de 1808. — Cortesía exquisita de que hacen alarde en sus relaciones. — Afluencia de soberanos y grandes personajes civiles y militares que acuden de todas las capitales. — Espectáculo magnífico que presencia la Europa. — Ideas políticas que se propone Napoleón hacer triunfar en Erfurt. — Intenta substituir á la quimera de la repartición del imperio turco el dar desde luego á la Rusia la Valaquia y la Moldavia. — Efecto que este nuevo cebo produce en la imaginación de Alejandro. — Entra éste en las miras de Napoleón, pero se propone compensar en brevedad lo que pierde en extensión. — Su antiguo ministro Mr. de Romazoff muestra todavía más impaciencia que él mismo por poseer las provincias del Danubio. — Conformidad de los dos emperadores. — Satisfacción recíproca y festejos con que se celebra. — Llega á Erfurt Mr. de Vincent, representante del Austria. — Situación falsa en que procuran ponerle Alejandro y Napoleón. — Después de convenirse, tratan los dos emperadores de consignar por escrito las resoluciones tomadas verbalmente. — Deseoso Napoleón de promover la paz con la entrevista de Erfurt, quiere que se empiece haciendo invitaciones pacíficas á la Inglaterra. — Accede Alejandro con tal de que no se retrase la toma de posesión de las provincias del Danubio. — Dificultad de encontrar una redacción que satisfaga ambos deseos. — Fírmase el convenio de Erfurt el 12 de octubre. — Para congraciarse con Alejandro concede Napoleón á la Prusia una nueva reducción de sus contribuciones. — Primera idea de enlace de Napoleón con una hermana de Alejandro. — Disposiciones que sobre este asunto manifiesta el joven zar. — Contento de ambos emperadores, y su separación el 14 de octubre después de darse señaladas pruebas de afecto. — Viaje de Alejandro á San Petersburgo y de Napoleón á París. — Llegada de éste á Saint-Cloud el 18 de octubre. — Sus últimas disposiciones antes de trasladarse al ejército de España. — Tranquilizado por algún tiempo con respecto al Austria, saca Napoleón de Alemania otro cuerpo, que es el quinto. — Conviértese el grande ejército en ejército del Rhin. — Composición y organización del ejército en España. — Salen Berthier y Napoleón para Bayona. — Queda Mr. de Romazoff en París para seguir la negociación entablada con Inglaterra en nombre de la Francia y de la Rusia. — Recibimiento que se hace en Londres al mensaje de los dos emperadores. — Esfuerzos de Mr. de Champagny y de Romazoff para eludir las dificultades que suscita el gabinete británico. — Temiendo la Inglaterra desanimar á los españoles y á los austriacos, rompe bruscamente las negociaciones. — Respuesta amarga del Austria á las comunicaciones que se le envían de Erfurt. — Según las manifestaciones de las diversas cortes, puede preverse que Napoleón no tendrá en España tiempo para hacer una larga campaña. — Sus combinaciones para hacerla decisiva.

Había pasado Napoleón en Bayona y en los departamentos al pie de los Pirineos los meses de junio y julio, en que se verificaron los sucesos que acabamos de relatar. Visitó sucesivamente á Pau, á Auch, á Tolosa, á Montaubán y á Burdeos, festejado en todas partes y en todas recibido con alborozo por los pueblos, siempre contentos de príncipes que les hacen caso y ocupan algunos momentos su ociosidad, pero esta vez más deseosos que nunca de ver al hombre extraordinario que con tan justos títulos excitaba su curiosidad y admiración. A su presencia habían ejecutado los vascones sus graciosas y pintorescas danzas; Tolosa le había demostrado su júbilo con su acostumbrada expansión. Apenas se tenía noticia en estas mismas provin-

cias de los sucesos de España, porque no consentía Napoleón publicación ninguna contraria á sus miras. Sabíase por inevitables comunicaciones entre una y otra vertiente de los Pirineos, que el Aragón estaba levantado en armas, y que el rey José tropezaba con gravísimos obstáculos para establecerse en su nuevo trono; mas no se creía que pudiese tener trascendencia la oposición que hacía al vencedor del continente la desgraciada España, exhausta y desorganizada con veinte años de mal gobierno. Todos allí por lo tanto padecían el mismo engaño que Napoleón acerca de lo que podía suceder allende del Pirineo. Miraban á éste como emblema del triunfo, del poder y del genio, y sólo algunos realistas rancios que pasaban por testarudos predecían,

inspirados por su odio, desgracias como resultado de la cuestión de España; pero las masas populares se precipitaban con clamoroso entusiasmo ante el restaurador del orden, de la religión, y de la grandeza de la Francia. Juzgábanle feliz cuando ya en rigor empezaba á ser desgraciado, y cuando ya había penetrado un rayo de tristeza en su corazón temerario é intrépido.

Al dejar á Bayona, ya apenas conservaba Napoleón ilusiones acerca de los negocios de España. Reconocía la extensión y el empuje de la insurrección; sabía la retirada del mariscal Moncey, la resistencia tenaz de Zaragoza, y las dificultades que se le habían suscitado al general Dupont en Andalucía. Pero sabía también la brillante victoria del mariscal Bessieres en Medina de Rioseco, la entrada de José en Madrid, los numerosos auxilios enviados á Dupont y los grandes preparativos de ataque hechos sobre Zaragoza, y se lisonjeaba de que sacando partido el mariscal Bessieres de la ventaja obtenida, repelería hasta Galicia á los insurgentes del Norte; de que socorrido á tiempo el general Dupont, arrollaría á los sublevados del Mediodía hasta Sevilla, y tal vez hasta el mismo Cádiz; de que Zaragoza caería de un día para otro, y de que podían reforzarse suficientemente nuestros diversos cuerpos de ejército con los regimientos veteranos que iban llegando á su destino, dando gradualmente cima á la sumisión de toda España. Una victoria en el Guadalquivir semejante á la de Rioseco habría sido suficiente para que todo esto se verificase en vez de los tristes resultados cuyo doloroso cuadro acabamos de trazar.

¡Desgraciadamente, en lugar de repetirse la jornada de Rioseco, sobrevino la de Bailén para perpetuarse en la historia heroica y sangrienta de aquella época! Por lo tocante á Portugal, hacía más de un mes que no se tenía la menor noticia.

En Burdeos, donde pasó los tres primeros días de agosto, fué donde supo Napoleón la catástrofe eternamente deplorable de Bailén. Sería imposible referir el dolor que le causó, la humillación que por el honor de las armas francesas sufrió, las explosiones de cólera á que se entregó; su recuerdo quedó profundamente grabado en la memoria de todos cuantos estuvieron á su lado aquellos días, y cien veces lo he oído de sus mismos labios. Su pesadumbre fué aún mayor que la que experimentó en Boloña al saber que el almirante Villeneuve renunciaba á acudir al canal de la Mancha, porque ahora se agregaba al haberse frustrado el objeto, un deshonor que fué el primero y único que mancilló sus gloriosos estandartes. ¡Quedaban vengados Carlos IV y Fernando VII! Los hombres piadosos de todos los siglos han creído que al terminarse esta vida hay otra de remuneración y castigo para el bien y para el mal, y siempre los sabios han considerado esta creencia como conforme al designio general de las cosas. Pero también los pensadores profundos han observado que durante esta misma vida producen los acontecimientos cierta recompensa para las buenas y malas acciones. Los actos contrarios al sentido racional, á la razón y á la justicia, sufren en breve en este mundo el primero y justo castigo. Dios se reserva indudablemente el completar en otra parte la cuenta que tiene abierta así á los dueños de los imperios como al más humilde pastor.

Abarcó Napoleón de una sola ojeada toda la magnitud del suceso de Bailén, comprendió toda la desanimación que de él iba á resultar para el ejército francés, la exultación de los sublevados, y consideró como segura, antes de que llegase á su noticia, la evacuación de casi toda la península. Los despachos que de hora en hora le fueron llegando le manifestaron en breve hasta qué punto habían de agravarse las consecuencias de aquel desastre bajo un príncipe bondadoso, pero débil y vano. Si Murat hubiese sido rey de España, hubiera reunido todas las tropas que le quedaban y caído sobre Castaños antes que entrase éste en Madrid. José, el débil José, más por ignorancia que por timidez, se retiraba apresuradamente al Ebro, levantaba el sitio de Zaragoza medio conquistada, detenía á Bessieres en su marcha triunfadora y creíase apenas seguro detrás del Ebro teniendo ya un pie en los Pirineos.

Las consecuencias de este revés no eran de tanta trascendencia por lo tocante á la cuestión de España como por el efecto que en Europa había de producir. Los enemigos abatidos de la Francia iban á recobrar el aliento; el Austria, ocupada siempre en sus preparativos de guerra desde la campaña de Polonia, engañosamente resignada desde el convenio que le había restituido á Braunau, excitada nuevamente por los sucesos de Bayona, y sobreexcitada por lo de Bailén, iba á hacerse otra vez amenazadora. Su aparente rompimiento con la Inglaterra, conseguido á fuerza de amenazas, iba á trocarse en íntima y secreta alianza. ¡Y cuando todo esto se estaba preparando, era menester trasladar una porción considerable del grande ejército desde las márgenes del Vístula y del Elba al Ebro y al Tajo! De la situación de triunfador iba á pasar Napoleón, por su culpa, á una situación por lo menos dificultosa y que hacía indispensables todos los recursos de su genio. Ciertamente que podía atender á todo, porque todavía el grande ejército estaba completo, y era capaz de anonadar al Austria al mismo tiempo de enviar numerosos destacamentos á España; pero de árbitro absoluto de los acontecimientos que era Napoleón en 1807, se veía ahora reducido á luchar para dominarlos. A estos graves sinsabores agregábase otro, de amor propio enteramente. El engaño que había padecido era tan visible que á nadie podía ocultarse en Europa; sus invencibles soldados acababan de ser batidos, ¿y por quién? por unos insurgentes sin prestigio; y la opinión pública, cortésana inconstante que se goza en abandonar á los que más ha lisonjeado en otro tiempo, iba indefectiblemente á abultar su victoria ocultando todas las causas que la explicaban, como la inexperiencia de los soldados bisoños, el influjo del clima, un inaudito cúmulo de circunstancias desgraciadas y por último un momento de error padecido por un general de mérito incontestable. La opinión mudable iba de seguro á rebajar de un golpe la previsión política de Napoleón y el valor heroico de sus ejércitos. Padecían, pues, de consuno el amor propio y la prudencia del grande hombre á quien acababa de sorprender la noticia siniestra, y que sufría ya todos los castigos que sabe imponer la justa é infalible Providencia. Podía no obstante ser aquel desastre un mero aviso saludable, y debía Napoleón hacerse superior á él para seguir siendo omnipotente en Europa si sabía aprovecharse de aquel primero y cruel escarmiento.

Pero sucedió lo que suele suceder siempre: un hombre desgraciado, que no tenía más que una parte de culpa en una larga cadena de errores ajenos, pagó por todos. Profundamente exasperado Napoleón contra el general Dupont, echando de ver con su superior perspicacia los yerros militares que éste había cometido y que bastaban á explicarlo todo (1), pero plegándose á creer todas las suposiciones deshonrosas que agregaba la maledicencia, exclamó que Dupont era un traidor, un cobarde y un infame que había perdido á su ejército para librar sus furgones, y que iba á mandarles fusilar. «Han manchado nuestro uniforme, dijo hablando de él y de los otros generales; ¡ya se lavará con su sangre!»

Mandó que al punto que volviesen á Francia el general Dupont y sus lugartenientes, fuesen detenidos y entregados al supremo tribunal imperial. Su cólera, sin embargo, sincera en gran parte, era en parte también fingida: quería explicar á los que le rodeaban que los errores cometidos en España, atribuyendo el giro imprevisto que habían tomado los acontecimientos á uno de sus generales, á sus faltas, á su supuesta maldad y cobardía; y plegándose á su antojo la bajeza de los cortesanos se desencadenó contra el general Dupont, aventurando sobre su conducta los más implacables juicios. Vimos que este desgraciado general había sido mal inspirado y se había aterrado por un cúmulo de circunstancias contrarias; ahora de repente todos le pintaban como un cobarde y como un depredador digno de la última pena. Estas indignas calumnias aún no habían transpirado fuera del estado mayor imperial, porque conteniendo Napoleón cuanto le era posible el vuelo de la fama, había prohibido expresamente que se publicase nada acerca de las cosas de España; y para que no sondease la opinión pública toda la importancia de las dificultades que acababa de echarse encima, había hecho aquella prohibición extensiva á la misma victoria de Medina de Rioseco; por lo que envuelto aparentemente en la catástrofe común el mariscal Bessieres, vió cubierto con el mismo velo que ocultaba la rota de Dupont el hecho más glorioso de su vida militar.

Pero alerta la prensa inglesa, inició en breve no precisamente á las masas populares, sino á todas las clases ilustradas, en la verdadera historia de nuestros reveses en España. Por último fué tal en breve entre las hechuras de Napoleón la odiosidad que recayó sobre el general Dupont por haber sucumbido, que en el ánimo de aquél sucedió la generosidad al cálculo y exclamó repetidas veces: «¡Desgraciado! ¡Qué desastre después de las jornadas de Albeck, de Halle y de Friedland! ¡Lo que es la guerra! ¡Un solo día basta para deslustrar toda la carrera de un hombre!» Así, contradiciéndose á sí mismo, ponía empeño en que se supiese que Dupont había sido desgraciado y no culpable; y parecía que su genio, penetrando las tristes condiciones de la

(1) He dicho que se conserva en el archivo de la secretaría de Estado el borrador de las preguntas hechas al general Dupont por orden de Napoleón y con este documento puede formarse una idea exacta de la opinión del emperador acerca de la catástrofe de Bailén y de la conducta de aquel general. Comprendió perfectamente las faltas militares que bastaban á explicarla; pero dió crédito al pronto á los calumniosos rumores esparcidos contra Dupont é hizo que acerca de ellos se le interrogase. Pero de allí á poco tiempo dejó completamente de creerlos. (N. del A.)

vida humana, veía su destino escrito en uno de sus lugartenientes.

Los sesudos y avisados bordeleses le dispusieron festejos magníficos, á que asistió con semblante apacible y sereno sin demostrar ninguno de los pesares que agobiaban su alma. Había muchos que sin atreverse á preguntarle, trataban sin embargo, cuando con él conversaban, de suscitar alguna explicación acerca del objeto importante que le llamaba al Mediodía, y les decía que algunos paisanos, fanatizados por los curas y asalariados por la Inglaterra, intentaban suscitar obstáculos á su hermano, pero que *jamás había visto canalla más despreciable*; que el mariscal Bessieres había acuchillado á muchos miles de aquellos sediciosos; que bastaban unos cuantos escuadrones franceses para dispersar un ejército entero de sublevados españoles; que en breve quedaría la península sometida al cetro del rey José, y que las provincias del Mediodía de Francia, tan interesadas en mantener buenas relaciones con España, recogerían el fruto principal de aquella nueva empresa. Creíanle los que le escuchaban, y dábanse por satisfechos, aun cuando al día siguiente pensasen todo lo contrario al saber por los corresponsales del comercio los hechos gravísimos que estaban pasando allende el Pirineo.

Hubiera querido Napoleón trasladarse de un golpe de Burdeos á París para entregarse á las tres ocupaciones que á la sazón más le urgían, que eran la explicación con el Austria, la consolidación de su alianza con la Rusia y la traslación de una parte considerable del grande ejército del Vístula al Ebro. Pero había prometido atravesar la Vendée, y de no hacerlo hubiera dado á sospechar que desconfiaba de aquella provincia, ó que se había echado encima tan graves compromisos que no podía menos de faltar á todas las promesas que había hecho. Entre éstas contaba la palabra dada de visitar á los vandeanos, la que no quería ni podía dejar de cumplir no mediando una imposibilidad absoluta, por lo cual se decidió á pasar por Rochefort, la Rochela-Niort, Napoleón-Vendée, Nantes, Saumur, Tours y Orleans, dictando sus órdenes por el camino, recibiendo en cada parada centenares de despachos y contestándolos todos.

Llegó á Rochefort el día 5 y fué recibido con entusiasmo por aquella población marítima que había visto redoblar bajo su reinado la actividad en sus arsenales y astilleros. Fué á visitar la isla de Aix y las obras del fuerte Boyardo, deseoso de examinar por sí aquellos parajes, acerca de los cuales dictaba sin descanso órdenes importantísimas. La curiosidad, la admiración y el reconocimiento atraían hacia su persona á todos los pobladores de las tierras circunvecinas. Pasó de Rochefort á La Rochela, á Niort y á Napoleón-Vendée, y en todas partes acudió á verle un numeroso gentío obsequioso y solícito. El hombre prodigioso que había libertado á aquellas provincias de la asoladora guerra intestina, devolviéndoles su paz, su seguridad y su prosperidad y el ejercicio de su culto, era para ellas más bien que un hombre, una especie de semidiós. Al mismo tiempo que se veía Napoleón castigado en España por el mal que allí había hecho, era recompensado en Francia por los bienes que le había dispensado. Al paso que sus malas obras le servían de torcedor, las buenas le

colmaban de gozo, y sus pesares casi se desvanecieron al aspecto de la Vendée agradecida y entusiasmada. No hubiera hecho esta población más demostraciones al mismo Luis XVI si hubiera podido salir del sepulcro en que le hundió el crimen del año 93. Igual fué el recibimiento en Nantes y en Saumur, de tal manera que no acertando Napoleón á moderar el placer que experimentaba, lo consignaba siempre en su correspondencia, llena antes de acrimonia, de tristeza y de órdenes precipitadas cuando estaba en Burdeos.

Llegó á París el 14 de agosto por la noche, víspera de la gran festividad del 15, en que se disponía á presentarse con todo el brillo del poder y con un semblante sereno que bastase por sí solo á pulverizar las conjeturas de la maledicencia. Era principalmente al cuerpo diplomático, ansioso de verle ahora y de observarle, al que quería presentarse con actitud imponente y dirigir un lenguaje que hiciese eco en toda Europa.

Acababa de recibir noticias de Rusia que le tranquilizaban completamente, y que le pintaban aquella potencia como siempre sumisa á sus designios mediante las satisfacciones que se prometía en Oriente; pero eran muy diversas las noticias del Austria, por cuyo lado tomaban las cosas un aspecto siniestro. Se recordará que el Austria, siempre en realidad enemiga á pesar de las promesas que había hecho el emperador Francisco en el vivac de Urschitz, pesarosa de no haber sacado partido de la batalla de Eylau para precipitarse sobre el Óder mientras Napoleón andaba ocupado en el Vístula; momentáneamente reanimada con el convenio que le restituía á Braunau, había fingido después del suceso de Copenhague participar de la indignación de las potencias continentales contra la Inglaterra. Había en efecto devuelto sus pasaportes al ministro británico Mr. Adair; pero dándole á entender probablemente que este rompimiento de relaciones no tenía significación alguna ni debía por tanto dársela importancia. Es verdad que las escuadras inglesas en el Adriático habían seguido dejando circular el pabellón austriaco, y que el comercio de los géneros coloniales no había sufrido la menor interrupción en Trieste; pero cuando supo el Austria la traición urdida á la familia real de España en Bayona, y llegaron á su noticia los reveses que habían sido su consecuencia, no pudo contenerse por más tiempo y arrojó la máscara. «¡Esa es la suerte reservada á todas las antiguas monarquías del continente!» tal fué la exclamación unánime que resonó en todos los estrados de Viena. «Es una traición horrible; un peligro evidente que dará en qué pensar á todo el que tenga un poco de previsión, porque todo soberano que haya descuidado su propia defensa será tratado como Carlos IV y Fernando VII.» El mismo archiduque Carlos, habitualmente menos explícito que los demás y menos malévolo para la Francia, llegó á decir: «¡Bien está! Moriremos si es preciso con las armas en la mano, pero no dispondrán de la corona de Austria tan fácilmente como han dispuesto de la de España.»

Las noticias recibidas de Roma contribuyeron también á exaltar los ánimos en Viena y á fomentar las murmuraciones. Había recibido el general Miollis, como en otra parte dijimos, la orden de ocupar á Roma militarmente, poniéndola por obra; y como no había dejado al papa más autoridad que la espiritual,

se había éste retirado al palacio de San Juan de Le-trán, haciendo trincheras de las puertas y ventanas como si hubiera de soportar un asedio. Allí se encerró con sus familiares sin quererse comunicar con los ministros extranjeros, se proclamó oprimido, esclavo en sus Estados, víctima de una usurpación abominable, protestando todos los días contra la violencia á que sucumbía (1). Juntóse á esto la anexión de las provincias de Ancona, Macerata y Fermo al reino de Italia, bajo las denominaciones de departamentos del *Metauro*, del *Musón* y del *Tronto*.

Estos hechos exasperaron al público de Viena casi tanto como los sucesos de España, y todos en la corte y en la ciudad se entregaban á las más injuriosas suposiciones hasta en presencia del embajador de Francia Mr. Andreossy. Entre los que más se distinguían por sus dichos punzantes, unos creían efectivamente lo que decían, y con formalidad se figuraban que Napoleón quería renovar en el continente todas las familias reinantes. Otros hablaban sin sinceridad, y comprendiendo que su sistema, amoldado sobre el de Luis XIV, podría perfectamente extenderse á Italia y España, pero jamás al Austria, repetían, sin embargo, la opinión general para arrastrar á las masas siempre crédulas. Todos, sin embargo, procedían unánimes diciendo que era menester, sin acometer, prepararse á la defensa, y hasta les parecía demasiado moderada la idea de una mera defensiva desde que sabían los reveses sufridos por nuestros ejércitos, que tanto se habían abultado. Los preparativos militares correspondían en un todo á estas predisposiciones morales.

Los cuidados asiduos del archiduque Carlos habían

(1) Casi siempre que habla de la justa oposición del bondadoso Pío VII á la exigente é inicua política de Napoleón con la corte de Roma, toma el autor un tono sarcástico que se aviene muy mal con la gravedad de la materia y con la severa entonación de la historia. Y sin embargo sus sátiras, sobre ser irreverentes, son siempre gratuitas. Dejando aparte la indisculpable ligereza con que Mr. Thiers da por resuelta contra la santa doctrina canónica la cuestión sobre la autoridad temporal del pontífice; suponiendo que Napoleón al quitársela á Pío VII le había dejado libre la autoridad espiritual, como si ésta pudiera haber quedado incólume desterrando todos los días de Roma á los más venerables sacerdotes, violándose la correspondencia del soberano pontífice, prohibiéndose á los prelados bajo penas severas que mantuviesen con él comunicación y trato, y cometiendo otros muchos atentados que sería prolijo referir; prescindiendo de esto, lo que relata de la conducta del papa mientras el general Miollis le tenía en sus Estados como cautivo, es demasiado exagerado para que pueda pasar sin enmienda. La verdad es que el papa se limitó á vivir retirado en su palacio sin presentarse en público, para hacer constar con este acto de cautiverio la violencia que estaban ejerciendo contra él. Entretanto, por una orden del día 27 de marzo el general francés notificaba á las tropas pontificias que para lo sucesivo no recibirían ya más órdenes de los curas ni de las mujeres; á este grosero ultraje se agregó el decreto del 2 de abril mandando reunir al reino de Italia las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino; luego la confiscación de los bienes de los cardenales y prelados que no fueran á residir al lugar de su nacimiento; luego el desarme de la guardia del papa y el arresto de los nobles que en ella servían; luego la violencia ejercida contra el secretario de Estado, á quien quitaron todos sus papeles desterrándole inmediatamente; luego infinitas violaciones del derecho de gentes, y una porción de abusos escandalosos encaminados á aplicar ridículamente al Estado romano los usos y los decretos de la Iglesia galicana, y que pueden ver prolijamente enumerados los que consulten las *Memorias para la historia eclesiástica*, escritas en aquella época.

tenido constantemente al ejército austriaco completo, bien instruido y en ejercicio, y perfeccionado en su organización. Pero no contentándose con este esfuerzo, ruinoso para la hacienda austriaca, acababan de aumentarse extraordinariamente las fuerzas de la monarquía con nuevas medidas, algunas de las cuales se habían tomado de la misma Francia. Además é independientemente del ejército activo, se había ideado un sistema de reservas que consistía en reunir y adiestrar en cada punto cierto número de reclutas, teniéndolos dispuestos á incorporarse á las banderas. Eran cerca de cien mil hombres los que en realidad se habían alistado, aunque no figuraban más que sesenta mil, y con este refuerzo iba á subir á más de cuatrocientos mil combatientes el ejército activo. Además había armado, regimentado y vestido, bajo el nombre de milicia, muy semejante á nuestra guardia nacional, á casi toda la población, haciéndola tener ejercicios diarios. La población austriaca, por lo general extraña á su propio gobierno, holgábase en cierto modo de que se recurriese á ella, y ya fuese por el placer de ser tenida en algo, ya por miedo de un peligro exterior, había acudido á alistarse voluntariamente con singular solicitud, confundiendo todas las clases, los nobles, el estado medio y el vulgo. Con los donativos voluntarios de los diversos estados é individuos se reunieron medios suficientes para equiparlos á todos, y no eran menos de trescientos mil individuos los que se ofrecían á prestar un servicio sedentario, y aun activo si era menester, por sostener la monarquía. Cuatrocientos mil hombres de tropas activas y trescientos mil de tropas sedentarias, componían para una población de quince á diez y seis millones de súbditos que contaba á la sazón la casa de Austria, una fuerza enorme, tal como jamás la había desplegado igual este imperio. Probable era en efecto que merced á tan gigantesco armamento, pudiese presentar en línea trescientos mil combatientes efectivos, cosa que jamás le había sucedido y que no había podido hacer hasta entonces ninguna de las potencias enemigas de la Francia. Acababan de comprarse catorce mil caballos para la artillería y de encargarse un millón de fusiles para la infantería. Mientras se desmantelaba á Braunau sobre el Inn, veinte mil jornaleros húngaros estaban ocupados en las fortificaciones de Comorn, lo cual probaba que se quería hacer una guerra prolija y sangrienta, y que había intención de replegarse á lo interior de la monarquía en caso de sufrir una derrota en la frontera, para defenderse con encarnizamiento. Hasta se formaban ya reuniones de tropas que tenían apariencias de cuerpos de ejército hacia Bohemia y Galitzia, sin duda con el objeto de hacer allí rostro á las fuerzas francesas en el Vístula y en el Óder.

Los sentimientos del gabinete fueron poco á poco comunicándose á todas las clases de la población, y mientras en los baños de Teplitz, de Carlsbad y de toda Alemania se afectaba cierto arrogante desdén hacia los franceses, que nunca había sido costumbre manifestarles, en las calles de Viena amenazaba el pueblo á los criados del general Andreossy, en Trieste había insultado al cónsul de Francia, y en Istria nuestros correos eran asesinados en todas las rutas militares que se nos habían concedido. La Alemania, humillada con nuestros triunfos y hollada por nuestros ejércitos, empezaba á

estremecerse colérica y desesperada, y sus secretos resentimientos tomaron ocasión para estallar de los sucesos de España, que la indignaron y envalentonaron al mismo tiempo.

Aunque apoyado en la Rusia nada tenía Napoleón que temer en el continente, sin embargo era de tanta gravedad la determinación de llevar una parte del grande ejército del Vístula al Ebro, de tal modo podía esta trasplatación de fuerzas del Norte al Mediodía alentar á sus enemigos, que resolvió obligar antes al Austria á explicarse para saber con exactitud lo que por su lado podía temer. Si el Austria quería la guerra, prefería hacerse inmediatamente, reservándose el aplazar la represión del levantamiento de España y emplear en ella todas sus fuerzas para no disponer siquiera de la cooperación de los rusos, acabar con ella para siempre y precipitarse en seguida desde el Danubio sobre los Pirineos para sojuzgar á los españoles y repeler á los ingleses á la mar. Pero este proyecto era para un caso extremado. Prefería no tener que sostener esta guerra, porque ya no eran los combates su pasión dominante; y en efecto, después de las jornadas de Rívoli, de las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena y Friedland, no podía ya la gloria militar ser para él causa de goces muy vehementes. Ya la guerra no podía ser para él más que un medio de sostener su política: política desgraciadamente exorbitante que aún exigía numerosos y sangrientos triunfos. De modo que sin querer provocar al Austria, tenía empeño en hacer que se explicase de un modo explícito.

Aprovechó la ocasión de recibir á los representantes de las potencias y á las principales corporaciones del Estado el 15 de agosto, para tener con Mr. de Metternich no ya una explicación apasionada y provocadora como la que con lord Withworth había tenido en otro tiempo, sino una explicación tranquila y urbana, y, sin embargo, perentoria. Estuvo Napoleón donoso y afable con los ministros de todas las cortes, solícito con Mr. de Tolstoy, aunque bien hubiera podido quejarse de sus repentines militares; franco y amistoso, aunque ejecutivo, con Mr. de Metternich. Aunque no había nada en el tono de su voz que chocase y llamase la atención de los concurrentes, habló, no obstante, de modo que le oyeron algunos de ellos, especialmente Mr. de Tolstoy. «Ustedes quieren hacernos la guerra ó meternos miedo,» dijo á Mr. de Metternich (1). Afirmó éste que su gabinete no quería ninguna de las dos cosas, y replicóle Napoleón inmediatamente con acento suave, pero decisivo: «Entonces ¿qué significan esos armamentos que tanta agitación causan entre ustedes y en toda Europa, comprometiendo la paz y dejando exhausto el erario del Austria?» Al responderle que aquellos armamentos eran puramente defensivos, quiso Napoleón, á fuer de entendido, probar á Mr. de Metternich que eran de muy diversa índole. «Si esos armamentos, le dijo, fueran como usted supone meramente defensivos, no se llevarían á cabo con tanta precipitación. Cuando se quiere establecer una nueva organización se toma el tiempo preciso, no se atropellan las cosas, porque despacio se hace todo mejor; no se disponen almacenes, no se reconcentran

(1) Este coloquio, reproducido acto continuo por Mr. de Champigny, fué enviado á Viena á Mr. Andreossy, y se conserva en el archivo de Negocios extranjeros. No hacemos más que resumir su contenido.